



Foto 2. Asamblea ASOVPICH Sept 22 y 23.
Tomada por Raúl Pineda.





Una historia de invisibilidad: pueblos indígenas en Quibdó

Al arribo de los españoles, el Chocó contaba con alrededor de doce etnias indígenas entre Cuevas, Cunas, Poromeas, Guaracures, Citaraes, Surucos, Tatamaes, Cirambirae, Ingaraes, Chancos, Coponmaes y Yacos, algunos de los cuales tenían rivalidades entre sí, particularmente los Citaraes y Cunas. El sistema de poblamiento era disperso, es decir las casas, rara vez agrupadas, estaban rodeadas por tierras de cultivo con maíz y frutales que, junto con la cría de aves y la pesca, garantizaban la subsistencia. Según las referencias existentes, en el lugar ocupado actualmente por la ciudad de Quibdó no existía poblado alguno (González Escobar, 2003).

Entre 1501 y 1502 llegaron los primeros españoles a la región a través del Golfo de Urabá. Poco después se fundaron las ciudades de San Sebastián de Urabá y Santa María de la Antigua del Darién, que pronto sucumbieron ante factores como la escasez de alimento, la proliferación de enfermedades y la resistencia indígena (Mosquera, 2014). Sin embargo, desde este momento, los pueblos aborígenes experimentaron las crueles tácticas de dominación española: “el uso de la pólvora, del caballo y de los perros como armas de guerra, (...) la imposición de nuevas jerarquías y nuevas leyes, el derrumbe de los antiguos dioses y la evangelización forzosa” (Vignolo, 2008, p. 2).

A lo largo de la conquista, los pueblos indígenas defendieron su territorio, por lo cual eran frecuentes los ataques a asentamientos españoles. Una de las principales rebeliones frente a la invasión extranjera fue la de los Citaraes en Neguá, que duró desde 1684 hasta 1687

(Mosquera, 2014, p. 147). En un esfuerzo por dominar a los aborígenes, los españoles implementaron tres tipos de “pacificación”. La “pacificación privada” consistió en crear nuevos poblados para lograr mayor presencia y dominio territorial. La “pacificación religiosa” a cargo de órdenes como la de los Franciscanos, dio lugar a la fundación de pueblos de indígenas para su evangelización; de esta manera nació Quibdó, conocida entonces con el nombre de “Citará”. Por último, mediante la “pacificación real” se delegó a las gobernaciones de Popayán, Antioquia, Cartagena y Panamá el sometimiento de la población indígena mediante operaciones militares y el pago de tributo tanto en el río Atrato como el en San Juan (González Escobar, 2003). En palabras de Mosquera (2014),

Desde que se instaló el colonialismo en la región del Alto y Medio Atrato, empezó la gran tragedia para los nativos. Debían trabajar para los encomenderos, alimentar a los curas doctrineros; soportar el robo de sus puercos sin su voluntad, ser congregados en poblaciones para adoctrinarlos y cobrarles tributos. Congregarlos significaba desplazarlos de su entorno y perder sus cultivos (p. 146).

A lo largo de la Colonia, en el siglo XVIII, la población indígena del Chocó tuvo varias formas de resistencia. Las rebeliones continuaron con mayor frecuencia en el bajo Atrato. En otras ocasiones huyeron hacia lugares inaccesibles², de manera individual o por familias, a veces con el auxilio de los “indios mandones”, autoridades indígenas establecidas por los españoles. También forjaron alianzas con otros grupos como los negros esclavizados, los Cuna y los ingleses y franceses que ocupaban el bajo Atrato.

Pese a estos esfuerzos, las condiciones de trabajo, los maltratos y las enfermedades redujeron notablemente la población indígena, a tal punto que se decidió reemplazarla por mano de obra esclavizada. Así, para 1778, la población negra en Quibdó (51%) ya superaba a la aborígen (46%) (González Escobar, 2003, p. 55).

2 Los Citaráes huían hacia los ríos Murrí, León, Jiguamiandó, Baudó y cabeceras del Atrato.

Con la abolición de la esclavitud en 1851, gran parte de la población negra migró y se asentó en el cauce principal de los ríos Baudó, San Juan y Atrato en busca de tierras para cultivar, ocasionando el desplazamiento de los pueblos indígenas hacia las cabeceras de sus afluentes. Esta distribución geográfica, que perdura hasta hoy, ha alimentado el imaginario de los indígenas como una población rural, alejada de los centros urbanos.

Fue sólo en época más reciente cuando los indígenas ganaron una relativa visibilidad en los territorios, gracias a sus organizaciones que nacieron a partir de los años ochenta en diferentes partes del país. En la historia del movimiento indígena en Colombia y en el Chocó, la Iglesia y las ciencias sociales tuvieron un papel clave. En 1909 el Chocó fue constituido en Prefectura Apostólica de acuerdo al convenio de misiones entregado a los claretianos. En 1952 la Prefectura se dividió en dos vicariatos, que en los años noventa se convirtieron en Diócesis, Istmina y Quibdó. A su llegada, los claretianos se dedicaron a cristianizar desde un enfoque colonizador y desde su doctrina construyeron escuelas, internados y templos en la región. Un objetivo importante era la “reducción” o concentración de los indígenas que vivían dispersos en poblados para “civilizarlos” en los internados. Esta política generó impactos profundos en las comunidades indígenas del Chocó y solo hasta los años sesenta y setenta se cuestionó el papel de la Iglesia para reorientar su labor hacia la justicia social. Los claretianos en el Chocó desde los años setenta basaron su trabajo en dos ejes: la defensa de las tierras y la promoción e impulso de sus propias formas de organización. Para ello, en un primer momento, en 1971, los claretianos en el Chocó emprendieron un reconocimiento de la situación de los pueblos indígenas. Allí reconocieron, entre otros, la importancia que la ciudad de Quibdó revestía para los pueblos indígenas, en cuanto sede de la institucionalidad pública y de la academia.

Una de las preocupaciones de los misioneros era cómo atender a los indígenas que acudían a la ciudad de Quibdó para hacer gestiones ante entidades públicas, o en busca de oportunidades de continuación de estudios de bachillerato, como también a quienes por diversos motivos eran recluidos en la cárcel municipal Anayancy (Flórez, 2007, p. 96).

Para responder a estas necesidades, los claretianos desde principio de los años setenta proyectaron la construcción de una sede y la creación de

una institución para atender y orientar a los indígenas en la ciudad. Se estableció primero una Casa-Refugio en San Vicente que no tuvo continuidad. Los claretianos gestionaron ese espacio ante las instituciones públicas, pero no obtuvieron respaldo y la actitud fue más bien de indiferencia. En 1973, sin embargo, se obtuvo la personería jurídica del Centro Indígena Embera-De (CIED), más conocido como “Casa del Indio”.

Desde el CIED los misioneros claretianos, cuestionaron su papel previo en la colonización y diseñaron programas de intervención en las comunidades, centrándose en la formación para la autonomía indígena, aunque este enfoque no siempre se reflejó en la práctica. Entre sus planes estaba la formación a líderes indígenas y para ello el CIED empezó a tomar forma concretamente en la Yesquita en Quibdó, en medio de muchas dificultades, debido a la falta de apoyo de la institucionalidad. En la ciudad se lograron construir dos tambos para acoger a los indígenas y se prestaba servicio de asesoría en diversos temas, especialmente para gestiones ante instituciones. Solo hasta 1978 los misioneros claretianos lograron terminar la construcción del CIED en la Yesquita por sus propios medios.

Para los pueblos indígenas del Chocó anteriormente no era costumbre habitar en la ciudad, aunque en Quibdó la alcaldía organizaba una fiesta denominada “Fiesta de los judíos”, a la cual traían a los indígenas para que hicieran demostraciones artísticas de sus tradiciones y manifestaciones culturales; sin embargo, se ofrecía para beber mucho alcohol, dejando de ser algo artístico para convertirse en un espacio de ridiculización. La gente de la ciudad dejaba de ver a los indígenas y sus costumbres con respeto y empezaban a burlarse y a ridiculizarlos. Por esta razón, la Iglesia, que apoyaba a los indígenas, decidió devolverlos a sus comunidades para evitar la burla y el menosprecio. A partir de los años setenta comenzaron a llegar a Quibdó cada vez más indígenas por voluntad propia y con el único propósito de capacitarse. Después de 1979 aumentaron en cantidad y frecuencia, especialmente provenientes del Baudó y de Lloró, los cuales eran recibidos y alojados en el edificio en la Yesquita, donde hoy funciona la Uniclaretiana.

En los años ochenta, entre las primeras familias que formalmente decidieron llegar a la ciudad de Quibdó se encontraban los Mecha, los Achito y los Casas, quienes buscaban oportunidades para la formación de sus jóvenes. Cuenta el académico Baltasar Mecha:

Con más de veinte años viviendo en la ciudad de Quibdó, estoy aquí en la ciudad porque mis padres me mandaron a estudiar en la ciudad para que conozca el mundo occidental y enfrentar retos con las personas libres, para que me defienda, siendo la vida de los pueblos indígenas, la naturaleza y el territorio, porque de la tierra se vive (B. Mecha, comunicación personal, 16 de agosto de 2016).

En 1979 se creó en Quibdó el Centro de Pastoral Indigenista (CPI) en la Diócesis. Desde el CPI se brindaba formación a jóvenes estudiantes indígenas de diferentes ríos

los cuales desde 1977 trataron de estabilizarse en la ciudad de Quibdó pero atravesando muchas dificultades de diversa índole, prioritariamente económicas, por lo cual se veían obligados a regresar a sus lugares de origen, por eso “hemos tratado de organizarnos e independizarnos, es así como le damos origen e iniciación a nuestra propia organización”, y se constituyen formalmente, esto es, con Personería Jurídica 098 del 14 de noviembre de 1979, en Organización Estudiantil Embera Waunana – OREWA, cuyo primer presidente fue Eusebio Tunay (Flórez, 2007, p. 103).

La OREWA era entonces en sus inicios una organización estudiantil indígena muy enfocada a lo educativo en el contexto urbano, para la cual el apoyo de los misioneros claretianos siempre ha sido clave. En los primeros años la OREWA recibió diferentes capacitaciones de corte político y empezó a visitar las comunidades junto con el equipo del CPI para concientizar a los pueblos indígenas y trabajar hacia la autonomía.

Esto conllevó a organizar dos marchas indígenas en 1980 en contra de la indiferencia institucional. Estas movilizaciones “marcaron un hito en la historia de Chocó, pues en la sociedad contemporánea nunca se había visto a los indígenas levantar una voz de protesta” (Flórez, 2007, p. 105). En los años siguientes líderes de la OREWA participaron en espacios de intercambio con otros procesos organizativos en el ámbito nacional y empezó a configurarse la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) en 1982. Desde allí la OREWA, con su configuración estudiantil inicial, comenzó a ver el panorama general de los pueblos indígenas y en 1981 ocurrió un cambio importante; en ocasión de un curso a líderes indígenas, estos deci-

dieron ya no ser una organización estudiantil para ser Organización Indígena Regional Embera Waunana del Chocó, articulada a la ONIC. La nueva organización ya no solo era integrada por estudiantes, sino por los pueblos indígenas del Chocó. Sus ejes fueron trabajar para constituir Cabildos y Resguardos, fortalecer la autoridad tradicional y legalizar y recuperar sus territorios. La autonomía se entiende en el ámbito territorial y de gobierno propio. Con la labor de la OREWA desde su sede en Quibdó, se destaca una irrupción de lo indígena en la historia del Chocó y una relativa y progresiva visibilización de su presencia en la región y en la ciudad.

La OREWA se fortaleció y siguió su lucha en pro de la autonomía indígena en el departamento, con muchos logros en medio de las dificultades. En 2004, debido a disputas internas entre líderes y entre pueblos, OREWA se fracturó y en la actualidad existen cinco diferentes organizaciones indígenas con sede en Quibdó: FEDEOREWA, ASOREWA, CRICH, OICH y WOUNDEKO. Estas organizaciones tienen su punto de encuentro en la Mesa Indígena, un espacio político y local común que ha sido fruto de mucho trabajo de negociación entre los líderes enfrentados de los distintos procesos organizativos.

A pesar de los avances y procesos que han permitido conocer cada vez más estas realidades indígenas, la ciudad de Quibdó –aun hoy– sigue imaginándose como negra o afrodescendiente. No deja notar la presencia de estos pueblos y sigue mostrando una actitud indiferente e invisibilizante por parte de sus instituciones públicas, lo que es un elemento continuo desde décadas anteriores y que origina en consecuencia la creación de ASO-VPICH y su lucha en 2014.